

Madrid, 28 de Octubre de 1993

Santidad:

No se como empezar. En primer lugar me presentaré: Soy Jorge, un seminarista enfermo de la archidiócesis de Madrid. Estuve cursando estudios eclesíásticos durante dos años en el seminario mayor de Madrid. Tuve que interrumpir mi camino hacia el sacerdocio por una enfermedad (esclerosis) que me tiene actualmente en casa de mis padres.

Me he decidido a escribirle para darle las gracias. Gracias de todo corazón, Santo Padre. La bendición que recibí de sus manos en el seminario de Madrid en su última visita a España, en Junio, realmente fue el mas eficaz de los remedios a mi enfermedad. De este modo, Su santidad cumplió uno de los encargos de nuestro Señor (que la falta de fe y la mentalidad científico-técnica han hecho pasar a un segundo plano), como dice el Evangelio de San Marcos: "Y llamando a sus doce discípulos les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para curar toda enfermedad y dolencia". Es cierto, con el salmista hemos de repetir: "Nuestro Dios todo lo que quiere lo hace".

Cuando Su Santidad visitó el Seminario de Madrid yo apenas podía andar (de hecho iba en silla de ruedas), no podía leer ni escribir, hablaba con mucha dificultad... Hoy, cuatro meses después, ando, hablo y leo con normalidad. Aun me cuesta escribir a mano (razón por la que utilizo un ordenador); apenas si tomo medicación y puedo volver a estudiar (historia, la carrera civil que cursaba).

Pero a esta mejoría anímica se une otra mucho más importante (a mi entender). Con la lectura (poder leer) reinicié el rezo de la Liturgia de las Horas, la meditación del Evangelio, y los estudios de Historia. Y mi vida espiritual siento que empieza a crecer. Hasta ahora se había limitado a la Eucaristía, la celebración del sacramento de la Reconciliación y el rezo del Santo Rosario. Oh! maravillosa plegaria. Es mi oración predilecta, guarda fiel de mi vocación, de mi entrega a Dios y de mi vida como cristiano.

En mi vida, entregada ya hace años a Dios, ha sido clave la manifestación de la suavidad, ternura y delicadeza que Dios me ha dispensado a traves de mi familia, de la parroquia y de los sacerdotes que Dios ha puesto en mi camino (y en especial del grupo

de jóvenes al que pertenezco, que siempre han estado cerca cuando he necesitado su apoyo), del amor que siempre me han manifestado en el seminario... Pero por encima de todos destacaría el amor de mi madre, verdadero "baluarte donde ponerme a salvo" y la protección de Nuestra Señora.

Es una autentica locura de amor saber que, aunque para el mundo soy un pobre muchacho que no pudo llegar al sacerdocio (al menos de momento. Si me echara para atrás al primer contratiempo poca vocación tendría) para Dios soy "su Jorge", que me ama con un amor infinito, que me conoce, sabe quien soy, que "ve en lo escondido"... y a pesar de ese conocimiento que Dios tiene de mí, me ama (y con un amor de Cruz). ¡Qué grande es Dios!

También quería agradecerle, aparte de mi mejoría, su oración, vida y entrega, que tanto bien está haciendo a la Iglesia, y su desmedido amor por los enfermos, seres siempre necesitados de cariño y afecto. Santo Padre, este amor es lo que más necesitamos.

En especial, darle las gracias por la encíclica "Salvifici Doloris", que le ha dado un nuevo sentido a mi enfermedad. Meditar frases como "El misterio de la Redención del mundo esta arraigado en el sufrimiento" o "suplo en mi carne lo que le falta a los padecimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia", han abierto para mí nuevos horizontes.

Un saludo de toda la gente de Madrid. Nuestras oraciones y nuestro corazón están con usted, Santidad. Si Dios lo considera oportuno, espero que esta carta llegue a sus manos. Con María, Madre del Redentor, confiamos seguir firmes junto a su Cruz. Con sincero amor de su humilde servidor:

Fdo. Jorge Fernández

P.D. Santidad, ayúdenos a decir con María: ¡¡ TOTUS TOUS ¡¡

Querida Ana: la carta de Rouco es un refundido de esta ampliada. No te dejes engañar por mi berverrea.